

PRÓLOGO

—
MARIANO PESET

Separata de
FACULTADES Y GRADOS
X Congreso Internacional de Historia
de las universidades hispánicas
(Valencia, noviembre 2007)

Volumen I

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

2010

PRÓLOGO

Los historiadores de las universidades hispánicas hemos alcanzado el décimo congreso. No es cosa fácil en este país, en nuestras universidades... Lo usual es lograr uno o dos y pasar a otra cosa, que se deshaga el grupo que los organizó o se cambie de tema. Aunque los congresos de historia de la corona de Aragón, con ámbito muy genérico, institucional, se han mantenido largo tiempo. Hay otros, de asociaciones o especialistas de una disciplina o materia académica, o impulsados por instituciones públicas, pero poseen diferente sentido...

Nuestra fórmula es sencilla, está basada en la amistad y en la colaboración para investigar la historia universitaria hispánica. En un país como el nuestro, cuanto menos intervengan políticos y burócratas, más duradera será la empresa. Las autoridades académicas cambian, las instituciones son lugar de enfrentamientos y discusión. Hay que contar con ellas, son imprescindibles, pero procurando que no sean quienes organicen y decidan contenidos; ellos se interesan más bien por centenarios y grandes eventos que se reflejen en amplias capas de la sociedad. Tampoco hemos formado una de esas asociaciones que proliferan, con una módica cuota, una revista, que procuran acceder a las subvenciones públicas y organizar grandes congresos y exposiciones —mientras riñen por los cargos y el prestigio.

Pero la investigación organizada es otra cosa; con escasos medios hemos podido mantener una línea de trabajo firme y continuada y hacer reuniones o coloquios, contando con la ayuda de las universidades y de las instituciones públicas.¹ A lo largo de treinta

1. Este congreso y la publicación de estas actas se financió, en parte, con el programa Doctrinas y ciencia en las universidades españolas en relación con América y Europa (siglos XVI a XX), Ministerio de Ciencia y Tecnología, Dirección General de Investigación, SEJ2005-07366. También con ayuda de la universidad de Valencia y su servicio de publicaciones, dirigido por Antoni Furió.

años un grupo de historiadores de las universidades, formado por amigos, hemos trabajado juntos y los congresos nos han servido para avanzar en el intercambio de ideas y estudios. Este es el quinto que organizamos en Valencia, desde el primero en 1987; tres fueron en México, uno en Salamanca y otro en la universidad Carlos III de Madrid. Aparte otras reuniones y contactos, frecuentes durante todos estos años. Un grupo que esperamos que continúe en el futuro...

Nuestro avance en historia de las universidades hispánicas es evidente. Frente a las apolo­gías o las publicaciones aisladas de un historiador, una investigación en grupo conti­nuada y seria no suele ser usual en España. Cuando empezamos, la historia de nuestras universidades estaba en la línea de Cándido M^a Ajo y Sáinz de Zúñiga, sus irregulares volúmenes editados por el Consejo superior de investigaciones científicas.² En México había algunos libros publicados con ocasión del quinto centenario, y poco más, los tra­bajos de Alberto M^a Carreño... Hemos recorrido un largo trecho, sin duda.

Los congresos han sido importantes, aunque sólo representan el aspecto exterior de nuestra cohesión, de nuestro trabajo. El esfuerzo continuo y el intercambio de informa­ción, el asiduo contacto para contrastar enfoques y explicaciones, la lectura de cuanto se va publicando, son las auténticas bases en que descansan y justifican nuestras reuniones.

El formato de nuestros congresos responde a la investigación que realizamos. No se convocan con una periodicidad fija, depende de que alguno de los grupos tenga el dinero necesario para llevarlo adelante, pero la comunicación es incesante, no se limita a estos congresos. A veces pasan unos años, otras casi son simultáneos... Los convocados suelen ser los mismos investigadores, algunos desde 1987, otros que se han ido suman­do; a veces, cuando la financiación no alcanza, algunos participantes buscan por su cuenta ayuda de su universidad o del programa propio. En todo caso, sólo se cubre el viaje, alojamiento y manutención, gastos mínimos. Todos somos iguales, el que lleva años, como el principiante, que acaba de doctorarse, tienen el mismo tiempo de exposi­ción —no como esos congresos que marcan diferencias irritantes—, en la investigación no hay clases ni jerarquías. En alguna ocasión, pocas, hemos invitado a algún especialista extranjero de renombre a que diese alguna conferencia o comunicación, con una pequeña remuneración... Así lo hicimos en *Aulas y saberes*, el congreso de 1999, con ocasión del quinto centenario de la fundación del estudio general de Valencia.

2. *Historia de las universidades hispánicas. Orígenes y desarrollo desde su aparición hasta nuestros días*, 11 vols., Ávila-Madrid, 1957-1979, ideas peregrinas, materiales ya impresos; aunque reunió muchas referencias documentales, se limitó a volcarlas en los últimos volúmenes. Con todo cumplió su papel en aquella triste época. Aún más penoso, Enrique Herrera Oria, *Historia de la educación española desde el renacimiento*, Madrid, Veritas, 1941, en la inmediata postguerra.

Tenemos la buena costumbre de asistir todos a las sesiones, salvo algún motivo especial, no como en esos congresos hispanos en que desfilan grandes figuras o menores, que desaparecen en cuanto han desembuchado su sabiduría. Podrían enviar sus comunicaciones por correo y se ahorrarían gastos y tiempo. Lo peor no es eso, sino que cuando el tema es el centenario de un personaje, suelen repetirse las mismas o parecidas cosas, con lo que, quienes tenemos por costumbre permanecer, oímos datos y sucesos repetidos varias veces. En todo caso no hay debate o éste se limita a alguna pregunta de algún amigo o subordinado. Yo desde luego no suelo preguntar a los «rápidos» comunicantes... Van de un congreso a otro, a veces con la misma conferencia, casi plastificada, o «enmiçada» como dicen en México. He visto algún caso, en que al repetirla en dos congresos no pudo enviarla a las actas de uno de ellos; otras veces puede deberse al exceso de trabajo de los profesores «viajeros» ... Nosotros, en nuestras aportaciones no hacemos síntesis o planteamientos generales extraídos de bibliografía anterior, sino procuramos aportar el estudio de las fuentes, novedades que van enriqueciendo nuestro conocimiento sobre la historia universitaria, proyectos que llevamos entre manos o que hemos terminado...

La publicación se hace asimismo por orden alfabético de autores, a veces por temas. Yo me limito a un prólogo como éste, en donde trato algunos puntos sobre historia de las universidades o me refiero a nuestra trayectoria y realizaciones. No me agrada ponerme plumas ajenas, como protesta por tantas que se han prodigado en los últimos tiempos, acompañadas de abreviaturas: (dir.), (ed.), (coord.)... O bien: «edición de», «al cuidado de», que atribuyen un conjunto de trabajos a una persona, que a veces ni siquiera se digna escribir unas páginas. A veces podría aceptarse: si es una obra diseñada para que abarque varias cuestiones entrelazadas entre sí: hay en ese caso un trabajo de organización y distribución. Pero en la mayoría de los casos el director o «dirigente», el coordinador se limita a llamar a algunas personas, pagarles viaje y dietas a una reunión o congreso y ocuparse de la impresión, ¿no bastaría un prólogo o presentación? En los viejos tiempos la solución era aún más ruda: se trabajaba con «negros» o se anteponeía la firma a trabajos de discípulos, *quia nominor leo*... Ahora es más sutil, se nota que es una importación, no un invento hispano. Si uno tiene influencia y fondos para reunir a varias personas, ya puede ponerse en la portada acompañado con alguna de esas misteriosas siglas. Luego aparecerá mil veces citado, aunque no sean páginas propias... Y hasta creo que es rentable en los concursos y ascensos, en esas comisiones de valoración burocráticas que nos abruma y no entran a valorar contenidos.

Todos citamos igual la bibliografía, a la vieja usanza, como en general hacen los historiadores alemanes, franceses o ingleses... En España empezó alguna modificación introducida por los bibliotecarios, con algún cambio de puntos, comas y dobles puntos, la

editorial o el número de páginas. Luego José M^a López Piñero introdujo la forma de citar de los científicos, quizá por la cercanía de la historia de la medicina a ese campo: se cita en el texto o en la nota, el nombre del autor, año de publicación y página, que puede verse en la bibliografía final. Es evidente que se adapta mal a las fuentes y bibliografía históricas, aparte la necesidad de estar buscando en otra página, lo que al lector le crea una molestia añadida. Quienes leemos sobre historia sabemos que en las notas hay consideraciones o desarrollos que deben verse en ese momento. Tanto es así que Piñero, en muchas ocasiones utiliza la forma tradicional, aunque, por conservar cierta innovación, pone, tras el nombre del autor, el año de publicación. En un congreso reciente sobre humanismo se ha aplicado la norma «científica», con nombre, año y página, reuniendo toda la bibliografía de las comunicaciones al final. *Vade retro...*

★ ★ ★

Hace años pensaba que la investigación histórica era capaz de matizar o disolver las ideologías, las ideas y mitos emocionales que provienen de una tradición o se impulsan para lograr determinados fines, la cohesión nacionalista o la justificación de grupos políticos o de otras posiciones e intereses. Sirvan de ejemplo la grandeza de los reyes católicos para la unidad de España o la nueva planta que termina con los gobiernos de la corona de Aragón. Hernán Cortés y Pizarro y la conquista de las Indias... Suelen centrarse en personajes, héroes o santos, que llegan con más facilidad al público que las cuestiones históricas intrincadas. Ideología e investigación son dos campos diversos, aunque estén relacionados entre sí.

La ideología se concibe por Marx o por Mannheim, como representaciones que llevan en su seno la afirmación de un poder o de unos intereses, unos sentimientos y mitos que consolidan una nación, una clase social o un grupo. Incluso puede imponerse por una persona, para alcanzar o consolidar su propio poder: Hitler recordaba con frecuencia el putsch de 1923 o exaltaba la raza aria, Franco insistió largos años en la guerra civil, la Cruzada que justificaba su poder. En sus formas más toscas se revela como mera propaganda, mensajes repetidos, lemas sencillos, consignas, una simple marca o símbolo... Pero en otros casos es más difícil de deslindar.

En principio cabe hacer referencia a tres tipos de sujetos que se interesan por la historia: el político, el investigador y el ciudadano.

El político busca en ella apoyo y argumentos, cada vez menos, pues prefiere la economía y la estadística, la cultura en general —ese término tan difuso— que engloba desde

una buena enseñanza, la ciencia y la técnica, hasta la literatura, el cine o los comics y las fiestas populares. Pero también la historia que le proporciona el sentido del tiempo pasado, que puede servir de apoyo, o al denostarlo, por contraste, alcanzar prestigio y conectar con personas, con votantes... Debe proteger la educación y la ciencia, desde la escuela a la universidad, los museos, las bibliotecas y los archivos ya que son indispensables en un país del primer mundo, o en cualquier país... Dedicar una buena parte del presupuesto a estos fines. En relación a la historia es evidente su inserción en la enseñanza y el apoyo de la investigación por el poder. Incluso hay un paso más, el estado central, las autonomías o los ayuntamientos dedican dinero para celebrar centenarios y exposiciones, que tienden a resaltar hombres o sucesos señalados, con el fin de cimentar la pertenencia a una comunidad, sea España, Cataluña, Andalucía, Valencia o Toledo... Hay diferentes patrias... ¿Se dirigen a los investigadores? Más bien a los ciudadanos en general, buscan votos, mostrando su cultura o su hondo amor a la tierra.

Pero cuando promueven esa tarea se ayudan de los historiadores —en este campo cabe afirmar que todo profesor universitario y muchos de secundaria investigan, más o menos—. También a cronistas y eruditos que tiene inclinación a la historia. Entonces los enrolan a sus propios fines, con una remuneración mínima, añadida. Todos estos participarán con mayor o menor fe en el evento o el personaje. Trabajarán y publicarán en esa dirección... En la época franquista el nacionalcatolicismo, todo lo centraba sobre España, todos los demás eran eruditos locales según pensaban en las altas esferas profesoras politizadas. Aun hoy se pretende que la historia de España es lo principal, aunque ha cambiado bastante; entre los historiadores del derecho abunda esa idea, como si la ciencia jurídica pudiese aislarse o el derecho vivo estuviese en las leyes y decretos...

Por tanto hay una o varias ideologías históricas, sea de España o del País Vasco, de Valencia o Canarias... Es variada. Un historiador además tiene una ideología dada, unas convicciones, unos valores, que refleja en sus páginas, que debe explicitar para que el lector la conozca... Yo, ni nadie puede analizar el mundo feudal sin sentir distancia, la esclavitud, el tormento de Servet o de Giordano Bruno —de cualquier persona—, la inquisición, la condena de Galileo o el exterminio nazi... Debe ser objetivo, pero no es imparcial...

El historiador, colabore o no con los diversos poderes existentes, para su investigación necesita medios, que en principio el poder concede, una parte a sus acólitos, otra sin entrar en censuras —con Franco era monolítica—. El investigador tiene libertad en su elección y en sus publicaciones; otra cosa es que algunos, de distintas ideologías, estén apegados a las instituciones políticas o bancarias, para arañar subvenciones. En historia no se necesitan grandes medios, por tanto en un estado democrático puede conservarse

la independencia. Puede dirigirse al público mediante sus libros y ensayos, aunque es evidente que sin la fuerza de los mensajes ideológicos. Hace años, en la época de Franco y en la transición, la historia tuvo una notable presencia en la sociedad con numerosas revistas y divulgación. En la dictadura porque era una vía de plantear cuestiones o ideologías que no se permitía tratar directamente. Luego, porque se estaba dilucidando el futuro y era necesario recurrir a los tiempos pretéritos. Después amainó, por la normalidad democrática en que pueden tratarse las cosas, o porque no se considera la historia lugar de debate o palanca de cambios o justificaciones. No parece que con la crisis se acuda demasiado a los efectos de aquella de 1929, que puedan aportar caminos... También el hundimiento de la enseñanza ha producido ciudadanos menos formados, más escépticos, más triviales.

En suma, hay que separar la ideología de la investigación histórica, aunque sus conexiones son evidentes. Por un lado, porque ya no existe –al menos expresa– una ideología tan distanciada como fue el nacionalcatolicismo. Por otro, porque la ideología actual apela menos a la historia, y cuando la requiere se apoya en especialistas para cantar las glorias de Carlos III o de Carlos V. Costosas exposiciones nos brindan amables recuerdos de un personaje o una época... El debate ideológico se ha trasladado a otros ámbitos, a otros planteamientos. A las grandes palabras y a los concretos sucesos de corrupción, la crisis económica y los debates televisivos. En todo caso, la investigación no disuelve las ideologías...

* * *

Agradezco a mis compañeros del grupo de historia de las universidades de Valencia el haber dedicado estos volúmenes en homenaje a mi mujer María Fernanda, que siempre estuvo con nosotros. A Yolanda Blasco y Jorge Correa por haber reunido su bibliografía.³ María Fernanda participó en nuestros programas de investigación y en todos nuestros congresos, incluso en éste que le rinde homenaje. Catedrática de instituto, explicó también doctorado en nuestro departamento, fue una esforzada investigadora a lo largo de su vida... Abordó la historia de nuestra universidad en el siglo XX, *La universidad de Valencia en guerra. La FUE (1936-1939)*,⁴ y *La universidad de Valencia. De la*

3. Se nos va otra historiadora de las universidades, de nuestro grupo. Primero nos dejó Lorenzo Mario Luna, a quien se recordó en *Historia y universidad. Homenaje a Lorenzo Mario Luna*, Universidad nacional autónoma, México, 1996. Luego Carmen Castañeda, a quien se dedicaron los volúmenes de *Colegios y universidades. Del antiguo régimen al liberalismo, IV congreso internacional de historia de las universidades hispánicas, México 1997*, coordinado por Enrique González González y Leticia Pérez Puente, 2 vols., México, Universidad nacional autónoma, 2001.

4. Universitat de València-Ajuntament de València, 1988, prólogo de Mariano Peset.

monarquía a la república (1919-1939),⁵ su excelente tesis doctoral que narraba los tiempos de la primera dictadura, la república y la guerra; conectó con los hombres y mujeres de la Federación universitaria escolar, a quienes conoció y le brindaron datos, fueron sus amigos. En sus páginas trazó un exacto relato de aquellos años de esperanza, truncados por el enfrentamiento que condujo a la guerra civil. La universidad y sus programas, su financiación, los profesores y los alumnos, rebelados contra el dictador, la FUE y sus actividades... Mientras, otros investigadores completaron periodos anteriores de nuestra universidad, Amparo Felipe, Marc Baldó, Salvador Albiñana, Manuel Vicente Febrer, Ernest Sánchez Santiró, Yolanda Blasco, Seguí Cantos, Daniel Comas, Germán Perales y tantos otros. Mario Martínez Gomis estudiaba Orihuela y Pilar García Trobat Gandía... Se ha avanzado mucho estos años.⁶

En los ochenta María Fernanda viajó a México, donde trabó duradera amistad con exiliados republicanos que conservó durante su vida, José Puche, Perpetua Barjau y Elena Aub, Antonio Deltoro y Ana Martínez Iborra, Dolores Sarmiento, Francisco Giral, María Luisa Elío, Carmen Parga y Carmen Tagüeña, Francisco y José Bolea, Juan Bautista Climent, los hermanos Perujo, Carlos Velo, Enrique de Rivas y otros. Le abrieron un nuevo campo de estudio, el exilio republicano, al que dedicó muchas páginas con nueva información, llenas de hondo afecto... «Desde entonces sólo quiero saber más, poner caras a esos nombres, cargos, títulos, de los que hablan los papeles y libros. Trato de conocer todas las facetas de aquella España que se me presentó con su amable acogida mexicana. En Latinoamérica, en Estados Unidos, en la URSS...», escribió en *La España de los exilios. Un mensaje para el siglo XXI*.⁷ Un libro excepcional sin duda, de lectura sugerente y profundo calado, donde plantea la política de los gobiernos de la república, la tragedia de la sublevación y la derrota, el éxodo en masa hacia diversos países europeos y americanos, la vida de los exiliados, la obra de aquellos profesores e intelectuales, la España peregrina. Como especialista en historia de las universidades, amplió su mirada hacia los intelectuales exiliados de la diáspora republicana, en la línea de José Luis Abellán, Vicente Llorens, Tuñón de Lara, Juan Marichal, Francisco Giral, Javier Malagón, Manuel Andújar, Fernando Serrano Migallón...

Ahora, con Yolanda Blasco, publica un libro póstumo sobre *Oposiciones y concursos a cátedras de historia en la universidad de Franco (1939-1950)*.⁸ En él valoran aquella triste época a través de los expedientes que se conservan en el archivo de la administración de Alca-

5. Universitat de València-Instituto Juan Gil Albert (1994), prólogo de Manuel Tuñón de Lara.

6. Remito a mis páginas «El largo camino de la investigación sobre la historia de la Universidad de Valencia», *Miscelánea Alfonso IX*, 2008, pp. 15-40.

7. Universitat de València, 2008, prólogo de José Luis Abellán, p. 301.

8. Universitat de València, 2010.

lá de Henares. La política fantasmagórica de los ministros de la España imperial, las reformas que buscan adoctrinar y censurar o colocar a los amigos. La represión feroz, las depuraciones mientras se reparten las cátedras los vencedores. Las pugnas entre las familias del nacionalcatolicismo, falangistas, propagandistas, opusdeístas...

Creo que María Fernanda, como historiadora, ha demostrado una gran capacidad para la investigación. Para mí ésta consiste en no escatimar esfuerzo en reunir los datos esenciales y hasta los últimos detalles, sin prisa, con pausada delectación, sopesándolos y transformando a los protagonistas en personas cercanas, incluso a veces en amigos... No para acumular información engarzada en unas cuantas ideas, sino para comprender las dimensiones de una época y sentirla como propia... Hasta poder exponerla con inteligencia y precisión, valorar su sentido con la cabeza y revivirla con sinceridad y sensibilidad, con el corazón...

MARIANO PESET